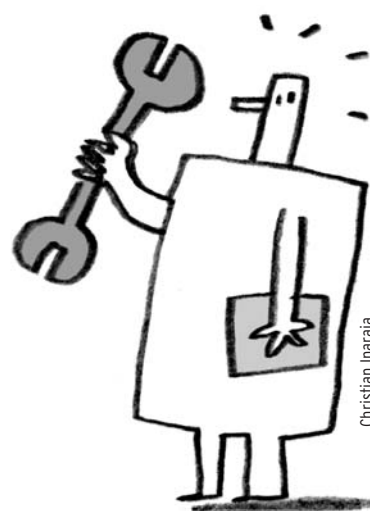


# De la escuela al trabajo

El actual mercado laboral, altamente desregulado y fragmentado, favorece la inmediata transición de la escuela al trabajo, pero lo hace en empleos precarios y de baja cualificación, muy por debajo del nivel de estudios adquirido. El artículo ofrece líneas de acción para desarrollar desde el marco educativo y favorecer una adecuada inserción laboral de los jóvenes.

Joaquim Casal\*



En estas páginas se propone a profesores tutores, formadores e insertores laborales una reflexión acerca de la transición de la escuela al trabajo, que también concierne a los docentes de la universidad, puesto que la tasa de escolarización universitaria ya es muy alta y comprende a muchos jóvenes españoles. Se parte de dos supuestos: en primer lugar, que hay una cierta desresponsabilidad que consiste en atribuir a los otros funciones y tareas acerca de la transición de la escuela al trabajo; y, en segundo lugar, que el campo de la transición de la escuela al trabajo está sujeto a representaciones sociales distorsionadas o imaginarios.

[En relación con este tema puede leerse en este mismo monográfico el artículo “La periferia del sistema educativo”].

## Desresponsabilidades e imaginarios sociales

Acerca de la relación entre formación y empleo se ha generalizado una idea común o compartida por muchos agentes e instituciones: la transición de la escuela al trabajo es un problema de los jóvenes, agravado por el paro juvenil, la precariedad en el empleo y una falta de relación entre ofertas y demandas de los sistemas de formación y trabajo. Se trata de un acuerdo común acerca de los desajustes entre forma-

ción y empleo: el individuo. Hay una deriva importante en atribuir a los individuos una gran parte de los achaques y problemas sociales. Parece una reencarnación de las teorías del déficit aplicadas a la formación profesional (si los individuos no encuentran trabajo es por falta de formación y adecuación al empleo): sería algo así como los deportistas de equipo que infringen una falta y rápidamente se absuelven de ella levantando los brazos en señal de no implicación.

Es más, entre los subsistemas habría una tendencia implícita hacia la desresponsabilidad: el sistema educativo produciría tarde y mal las competencias profesionales requeridas por el empleo, y la planificación educativa estaría muy lejos de cumplir los requisitos mínimos de adecuación entre demandas de empresa y formación ofrecida (es decir, una perspectiva adecuacionista). El sistema educativo, por otro lado, traspasaría parte de estos problemas a los demás: “los problemas de la transición de la escuela” estarían más localizados en el mercado de trabajo y sus agentes que en la formación inicial propiamente dicha.

Resulta, así, que la transición de la escuela al trabajo siempre tendría buena solución en el campo del “otro”; es decir, desde la desresponsabilidad propia. Ambos sistemas (producción y formación inicial) atribuirían a los individuos una parte importante de responsabilidades en la falta de logro en competen-

## Nivel de estudios y categoría laboral

La interrelación entre el nivel de estudios y la categoría laboral detentada permite una aproximación *sui generis* a las necesidades de formación en España:

- 850.000 cargos directivos no tienen estudios superiores
- 37.000 profesionales no tienen estudios superiores
- 82.000 profesionales medios no tienen estudios primarios o Bachillerato elemental
- 427.000 administrativos tienen estudios primarios o Bachillerato elemental
- 547.000 trabajadores de servicios tienen estudios primarios o inferiores.
- 1.655.000 trabajadores cualificados no tienen Formación Profesional de nivel 1, 2 o 3 ni Bachillerato
- 1.047.000 operarios de máquinas no tienen Formación Profesional de nivel 1, 2 o 3 ni Bachillerato
- 4.936.000 trabajadores no tienen una certificación escolar acorde con las categorías laborales detentadas

Por contra, una parte de los activos españoles tienen formación escolar por encima de su categoría laboral:

- 51.000 universitarios superiores desempeñan profesiones medias
- 224.000 técnicos disponen de títulos universitarios medios o superiores
- 210.000 administrativos tienen certificaciones universitarias
- 71.000 trabajadores de servicios tienen estudios superiores
- 23.000 trabajadores cualificados son universitarios
- 15.000 operarios de máquinas son universitarios
- 224.000 trabajadores no cualificados tienen Formación Profesional, Bachillerato o estudios superiores
- 825.000 trabajadores tienen una certificación escolar superior a la categoría laboral que detentan

**Fuente:** elaboración propia a partir de la "Encuesta a la población activa en España", del tercer trimestre de 1996; GRET-ICE-UAB.

cias requeridas y en la toma de decisiones poco racionales: falta de esfuerzo personal e interés, nivel bajo y descendiente, instrumentalización del empleo, propensión universitaria en detrimento de la Formación Profesional, etc.

Cuando ha habido una expansión conjunta entre los sistemas productivo y educativo, la transición de la escuela al trabajo apenas ha sido considerada, ya que se figura como nada problemática y muy ajustable. Esta relación, que ha existido más en las mentes que en los hechos, hace posible construir una especie de espejismo o imaginario social de correspondencia entre demanda de empresa y formación escolar, según el cual el sistema productivo demandaría cualificaciones y el sistema educativo acudiría raudo a satisfacerlas prontamente. Parte de estas ideas quedan expuestas con más detalle en un capítulo sobre transición de la escuela al trabajo de próxima aparición como manual de sociología de la educación bajo la compilación de F. Fernández Palomares (capítulo 7, segunda parte, pp. 179-201).

La crisis de empleo de los años setenta y ochenta supuso un choque entre este imaginario de relación

congruente entre educación y empleo y su inverso (el desajuste y la sobreeducación): la desvalorización de los títulos académicos, la sobreeducación ante la descalificación, la hipótesis del fin del trabajo y la excedencia estructural de activos. En fin, que la relación entre educación y trabajo se piensa o bien como espejismo de crecimiento ilimitado, o bien como espejismo de hecatombe laboral. Pensar la relación entre educación y trabajo en términos de proveedor-cliente ha sido una dura trampa difícil de sortear.

Un segundo imaginario acerca de la transición de la escuela al trabajo consiste en pensarla como un tiempo de espera más o menos largo en busca de empleo: el tiempo de paro entre terminar o abandonar los estudios y obtener el primer contrato de trabajo. Se abona, así, una idea muy simplificadora y lineal de la transición al trabajo: para los estudiantes, el tiempo de escuela; para los trabajadores, el tiempo de trabajo, y para los jóvenes, el tiempo de búsqueda del primer empleo, con apoyos añadidos de formación ocupacional y agencias de colocación. Pues bien, acerca de este imaginario conviene decir que, en términos de tiempo, la transición comprende desde el ciclo formativo "terminal" (incluye la Formación Profesional pero también la universidad) hasta, como mínimo, tres años después o un tiempo consistentemente largo en el mercado de trabajo o en el empleo (tiempo de consolidación laboral), dado que la transición se inicia en la primera toma de posiciones de futuro, siendo aún estudiante, y no finaliza con el primer contrato de trabajo sino hasta una cierta consolidación en la actividad profesional (sea positiva o negativa).

La transición nunca es un tiempo vacío sino todo lo contrario: representa un tiempo de resoluciones, estrategias y despeje de incertidumbres muy importante, ya que se decide, en poco tiempo disponible, qué se va a estudiar y para qué, cómo tantear y explorar el mercado de trabajo, cuándo terminar o cambiar la formación, cómo iniciar la primera inserción, cómo y dónde adquirir la primera experiencia profesional. La transición escuela-trabajo no es una relación lineal simple (estudio-paro-trabajo), sino mucho más compleja; en parte porque los mismos itinerarios formativos y laborales de los jóvenes ya son complejos y, en parte, porque la relación entre educación y trabajo es poco transparente: el enfoque de los títulos académicos y de la formación inicial choca con el enfoque de las competencias profesionales reales y potenciales; el carácter finalista o terminal de la formación profesional u ocupacional choca con el enfoque de la formación a lo largo de la vida, la movilidad y el cambio laboral.

En fin, la economía global y el capitalismo informacional en los países centrales configuran una nueva situación en la relación entre educación y trabajo que sugiere novedades acerca de la transición al trabajo. La transición de la escuela al trabajo ocupa una mayor centralidad si cabe que bajo el discurso de la crisis del empleo: más compleja, más vulnerable, menos estable, quizás menos salarial, probablemente más individualizada y desprotegida. En el nuevo capitalismo informacional, la transición de la escuela

al trabajo aporta cambios en los itinerarios y las trayectorias de los jóvenes y emergen modalidades de transición preocupantes para sus actores. La centralidad ya no es el tiempo de paro y las acciones políticas en su entorno, sino la toma de decisiones de los actores y las acciones políticas afines. Por esto, el próximo apartado tiene por finalidad trazar las líneas básicas de la transición de la escuela al trabajo en la actualidad para, finalmente, identificar campos de acción para los actores.

## Tendencias de la transición

En los años setenta y ochenta, a las instituciones políticas les preocupó el tema del paro juvenil. Había tres “coincidencias fatales”: el paso a la actividad de promociones de jóvenes demográficamente fuertes, la recesión económica y consiguiente destrucción de empleo, y la construcción de expectativas profesionales de los estudiantes de largo recorrido. Todo ello justificó el establecimiento de un sistema político de transición, entendido como el conjunto de las instituciones, iniciativas y líneas de acción que tienen que ver con los procesos de formación y empleo de los jóvenes: sistema educativo, sistemas de formación para el empleo, observación y regulación del mercado de trabajo, el tejido empresarial, los servicios locales de empleo, la intermediación, los agentes sociales, etc. Pero conviene sobrepasar un enfoque meramente anclado en la crisis del empleo y que no atienda los cambios de la transición de la escuela al trabajo en el nuevo capitalismo informacional.

La encuesta a los jóvenes que hemos realizado en nuestro grupo de trabajo (Casal *et al.*, 2002) permite aportar algo acerca de tales cambios. La transición de la escuela al trabajo de los chicos y chicas ubicados en una zona desarrollada y central como la nuestra se configura en seis dimensiones: el trabajo que acompaña a los jóvenes estudiantes en itinerarios escolares prolongados, la rapidez de tiempo en pasar a una situación de trabajo, la falta de relación entre la acreditación profesional y el primer empleo conseguido, el carácter vulnerable y segmentado de la inserción laboral, la caducidad de la formación inicial en térmi-

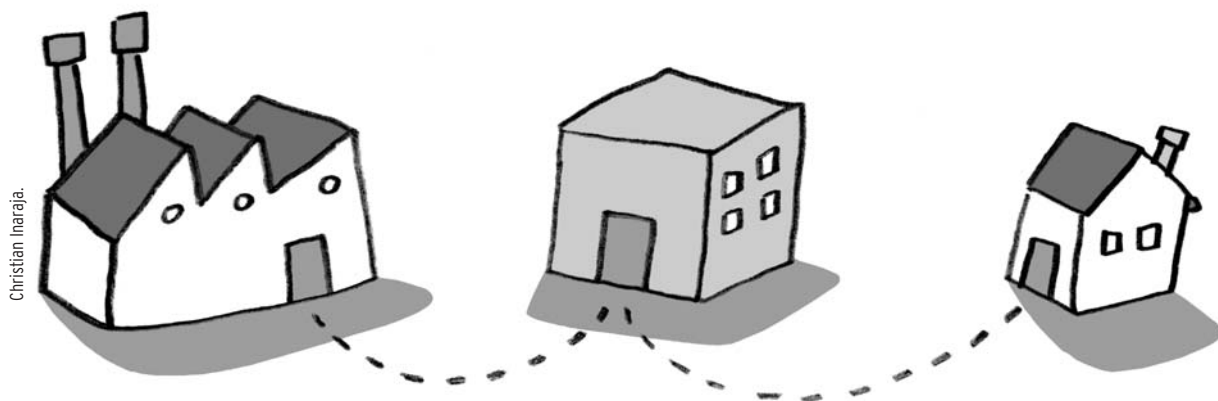
nos de valor de cambio y el proceso de subocupación en una parte importante de los itinerarios laborales. Se trata de los vectores de la transición de la escuela al trabajo, que a continuación analizamos más detalladamente.

## Experiencia laboral previa

Los jóvenes tienden a prolongar los itinerarios escolares y la mayoría de los adolescentes miran la universidad como proyección (la escuela como generadora de expectativas). Más de la mitad de los chicos y chicas han tenido experiencias laborales de cualquier tipo antes de finalizar o abandonar los estudios. Generalmente se trata de un trabajo que acompaña los estudios: muchas veces sin ninguna relación con la formación y con una finalidad meramente instrumental para garantizar la autonomía relativa del joven en el marco familiar. Los chicos y chicas que se mantienen en nivel explícito de inactividad plena a lo largo de los estudios no llegan ni a la mitad. Obviamente, el trabajo de acompañamiento a los estudios es débil en la Secundaria Obligatoria, creciente en la Formación Profesional y fuerte en la universidad. Un trabajo de acompañamiento bastante congruente con la Formación Profesional pero mucho menos en los otros niveles de la formación. Este hecho es el que lleva a algunos a enfatizar el carácter profesionalizador de los ciclos formativos de FP en detrimento de la universidad. Se trata de un aspecto importante y sujeto a muchas desviaciones y ocultación de intereses. La sobrevaloración de los ciclos de FP en relación con la universidad es un discurso genérico muy propio de algunos profesores, aunque estos mismos presionen a sus hijos e hijas para que accedan a la universidad. Una contradicción que da mucho que pensar.

## Rapidez de paso de la escuela al trabajo

Los jóvenes tienden a tener un tránsito rápido de la escuela al trabajo, sobre todo por el impacto de un mercado laboral más abierto y receptivo. Durante el tiempo de transición, el 19% continúa con el mismo empleo que tenía como estudiante (puede que esto sea positivo o no negativo), el 40% pasa a tener un empleo casi de forma inmediata, y otro 40% tiene experiencias de paro. El paro de larga duración afecta



Christian Inaraja.

a una fracción menor (un tercio de los jóvenes en paro). En fin, un mercado de trabajo que absorbe con rapidez a los demandantes, en parte por la expansión misma de la economía, en parte por la precarización del empleo y, en parte, por el efecto de la caída de la presión demográfica de las promociones menores de 25 años. Estos datos, correspondientes a Cataluña, pueden ser menos positivos para otras zonas más afectadas por el desempleo. Por tanto, deben tomarse como una ilustración.

## Baja relación entre formación y cualificación laboral en el primer empleo

La primera inserción laboral es muy rápida, pero la mitad de los chicos y chicas en la transición se ocupan en tareas que no exigen ninguna cualificación formativa. Los niveles más altos de correspondencia entre titulaciones y calificaciones laborales en el primer empleo postestudios se da entre universitarios y, en menor medida, en titulaciones profesionales de ciclo superior, pero siempre reservando porcentajes importantes de subocupación (superiores al 40%). Por debajo de estos niveles, la falta de correspondencia es aún mucho mayor. En fin, que los datos obtenidos hablan mucho acerca de la subocupación en el primer empleo, que resulta muy lejano de las competencias profesionales supuestamente adquiridas en la escuela. Mucha manualidad y repetición con aprendizajes muy rápidos y simples, mucha rotación, etc.

## El carácter vulnerable y segmentado de la transición

La rápida incorporación de los jóvenes al mercado de trabajo una vez terminan o abandonan la escuela supone, asimismo, una alta inestabilidad laboral: la modalidad de contrato temporal tiene un peso dominante. La empresa aprovecha la desregulación del empleo juvenil que permite fácilmente la temporalidad y la rotación: hay empresas que toman esta vía como recurso de selección y otras como vía de rotación simple y continuada. Es más, las condiciones de transición, además, difieren mucho entre sí y tienen un parangón con la segmentación del mercado de trabajo. Las mujeres son más activas y triunfadoras, el trabajo con contrato (aunque precarizado) vence al trabajo sumergido, y la formación y el empleo tienen muchos puntos de desencuentro.

## Caducidad de la formación inicial

La transición de la escuela al trabajo no consiste en el tiempo de paro sino en el proceso de construcción de la profesionalidad. Hay jóvenes que están en una posición minorizada (a disposición de empleos que no tienen nexo entre sí) y jóvenes que asumen varios empleos pero con una relación interna ascendente y congruente. En este caso puede hablarse de un proceso de movilidad personal hacia la profesionalidad, pero en el primer caso se trata de una situación de bloqueo donde la formación inicial tiene una caducidad muy acusada en términos de valor de cambio. Dos o tres años lejanos a la formación inicial y continua suponen cierta caducidad del valor de cambio de los títulos. La construcción ascendente de la profe-

sión es, pues, un elemento importante en la inserción del joven al mercado de trabajo, mientras que la falta de experiencia laboral o la experiencia laboral inconexa pueden minarla.

## Subocupación y expectativas de los jóvenes

La escuela larga, prolongada y diversificada por familias profesionales y titulaciones contribuye a generar expectativas entre los estudiantes: un 70% de los adolescentes piensa en la universidad como horizonte y entre un 30 y un 40% de las promociones consigue llegar a ella (aunque estos datos, referentes a Cataluña, no pueden inferirse al resto de comunidades autónomas, sí denotan una tendencia dominante y central). Tres años después de dejar los estudios, la inserción laboral ha sido bastante fácil pero el trabajo es poco o nada cualificado para muchos y, además, muy vulnerable. Hay mucha distancia entre la formación escolar y el trabajo finalmente conseguido por los jóvenes: quien tiene poca formación poco puede avanzar simplemente por experiencia laboral; y de los que tienen formación consistente, unos pueden beneficiarse del 15% de ocupaciones altamente cualificadas (conviene tener en referencia los elementos básicos de la segmentación del mercado de trabajo) y el resto debe establecer procesos de ajustes a la baja (véase artículo “Nivel de estudios y categoría laboral de la población española”). En general, los itinerarios escolares largos y prolongados se han revestido de un discurso “profesionalizador” y de “correspondencia preestablecida” que puede tener dos efectos contrarios: aumentar expectativas o generar desencantos prematuros. La falta de realismo en el planteamiento de la relación entre formación y empleo también es pertinente a la transición de la escuela al trabajo.

## Itinerarios escolares y laborales

En resumen, una parte de los jóvenes desarrollan unos itinerarios escolares bastante próximos a los indicadores de fracaso escolar: una escolarización más bien corta, con retrasos de edad en la escuela obligatoria, generalmente sin alcanzar el graduado escolar o sin ninguna certificación profesional cualificante (abandonos en Bachillerato o Formación Profesional de grado medio). Una parte puede insertarse directamente en trabajos no cualificados y manualizados, otra parte establece nexos con acciones formativas para jóvenes (por ejemplo, programas de Garantía Social) y el resto se hace próximo al empleo marginal o permanece simplemente en plena calle. La primera vía señala candidatos al desempleo por recesión de actividad empresarial y empleos de nivel secundario, la segunda señala el compromiso y la complejidad de inserción laboral de los programas de formación para el empleo, la tercera identifica la fracción de riesgo de exclusión social.

Un segundo tercio de los jóvenes consigue certificaciones profesionales mediante la escuela postobligatoria, lo cual les acerca a relaciones activas con el empleo mediante las prácticas en centros de trabajo y



en posiciones de forma más firme ante el trabajo. Unos logros un tanto dispares, ya que la Formación Profesional superior tiene tintes de formación propedéutica (muchos siguen hacia la universidad), una gran disparidad en relación con el trabajo y un efecto hacia abajo en las colas del empleo (y que supone riesgo para acreditaciones profesionales de rango menor). Actualmente, el Bachillerato ha perdido una gran parte de su impacto profesional en detrimento de la Formación Profesional específica (los bachilleres sin más se ocupan en tareas muy poco calificadas, a diferencia de una parte de los alumnos y alumnas de Formación Profesional superior, que consiguen inserciones más estables y más relacionadas con la formación).

Finalmente, el tercio restante puede describir itinerarios muy largos en la universidad y muchos pueden conseguir certificaciones superiores: en el mercado de trabajo quedan consignados como grupos favorecidos pero su inserción laboral, obviamente, resulta más lenta y en proceso de tanteo y de rebaja de las expectativas creadas en el seno de la universidad. A grandes rasgos, los universitarios y universitarias están más fuertes para el empleo y la cualificación pero tardan más en el proceso de tanteo del mercado. Parte del empleo para estos jóvenes tiene relación con los estudios realizados, pero no quedan eximidos de la precarización. Es más, el 40% de los universitarios probablemente presionarán hacia abajo en el proceso de subocupación en las colas del empleo: una cascada hacia abajo que no resulta ser ni tan fluida ni tan clara como algunos han descrito; un flujo de universitarios hacia empleos poco o nada cualificados y muy distantes de las titulaciones conseguidas.

La transición de la escuela al trabajo bajo las relaciones de producción y organización del empleo en el capitalismo informacional pasa a tener una gran centralidad, no tanto por el tiempo de paro sino por el hecho complejo señalado más arriba: la articulación del estudio con formas prelaborales y laborales, la continuidad en empleos anteriores a la transición, el paso a contratos precarios de forma muy inmediata y de baja cualificación. Las dinámicas de formación inicial suelen separarse de las estrategias y procedimientos de búsqueda de empleo y generan expectativas poco pragmáticas dentro del marco escolar (los chicos y chicas a veces construyen imaginarios de éxito o de fracaso que les separan del campo de realidades y estrategias; aspirar a mucho y aspirar a nada muchas veces puede ir contra uno mismo). La desregulación del empleo y su fragmentación no hacen otra cosa que acelerar la transición y hacer más complejo el proceso de inserción profesional propiamente dicho. Es por esto, entonces, que en la última parte de este escrito proponemos ciertas respuestas acerca de la transición de la escuela al trabajo que se deberían tomar desde los centros de formación inicial, aunque por razones de oportunidad y espacio no abordaremos otras cuestiones muy importantes como son la dimensión territorial y local, el carácter público y social de las

políticas de transición, la responsabilidad de los agentes sociales, el carácter multisistémico de la Formación Profesional...

## Responsabilidades del sistema educativo

Las preguntas clave que los formadores y profesores pueden plantearse acerca de la transición son las siguientes: ¿quién?, ¿a quién?, ¿cuándo?, ¿dónde?, ¿qué?, ¿cómo? Se trata de un ejercicio heurístico con pretensión de indicar líneas de acción susceptibles de ser desarrolladas o implementadas desde el marco del sistema educativo, algunas de las cuales ya llevan bastante tiempo en experimentación y evaluación.

### ¿A quién compete la intervención en transición de la escuela al trabajo?

La transición escuela-trabajo no sólo es competencia de orientadores, insertores laborales, agentes sociales y administraciones autonómicas y locales. También compete a profesores y tutores de institutos, universidades y centros de formación periféricos. La transición no está en el currículo ni en la organización del aula ni en el departamento de orientación: es un hecho transversal que demanda función y lugar en el último tramo de los estudios terminales. No sólo en las enseñanzas medias sino también en facultades y escuelas universitarias.



Christian Inaraja

### ¿A qué personas atañe la transición de la escuela al trabajo?

La transición atañe a los jóvenes estudiantes y a ellos corresponde la toma de decisiones y la construcción de expectativas; atañe a estudiantes con logro o con fracaso, de itinerarios largos y cortos, de formaciones muy profesionalizadas o más generalistas. Atañe, también, al grupo de iguales o compañeros y compañeras de institución: la transición tiene un elemento individual indudable pero posee también un carácter colectivo y cooperativo. Atañe, igualmente, a

profesores, tutores e insertores que tienen que ver e influyen en la toma de decisiones, impulsan proyectos y dinamizan grupos. Ataño, finalmente, a los padres y madres y entornos familiares, ya que las redes familiares tienen mucho que ver en los logros en inserción (según nuestro estudio, el 46% de los empleos se han conseguido mediante las redes sociales y familiares).

## ¿Cuándo empieza y cuándo termina la transición de la escuela al trabajo?

La transición no empieza con la salida del sistema educativo ni termina con el logro de un primer contrato de trabajo, por más que muchos docentes entiendan que su función no tiene nada que ver con la búsqueda de empleo y que muchos insertores laborales consideren que su tarea termina con la firma de un contrato laboral. La transición empieza uno o dos años antes de terminar o abandonar los estudios y no finaliza hasta haber descrito un itinerario laboral (de éxito o de fracaso) tres años o más después de los estudios. Finalmente, unos desarrollan carrera profesional, otros itinerarios ocupacionales y otros están simplemente en el empleo y al margen de la construcción de la ocupación.

## ¿En qué lugares ocurre la transición de la escuela al trabajo?

La transición tiene dos referentes espaciales. Primeramente, los espacios de formación y empleo (instituto, universidad, centros de formación ocupacional, formación en lugares de trabajo, empresa, etc.), donde los poderes públicos intervienen configurando contextos más o menos favorables a la transición (políticas de formación, promoción del empleo, regulación salarial y colectiva, etc.). En segundo lugar, los mercados locales o zonas de empleo (tejido empresarial próximo, mercado laboral local, instituciones intermediarias del mercado, etc.), donde los poderes públicos también intervienen configurando contextos más o menos favorables a la transición (red de empresas para la Formación Profesional, apoyos a colectivos desfavorecidos, participación de los agentes sociales, etc.). Se remarca que la transición tiene una dimensión territorial-local, donde un grupo concreto de jóvenes tiene el campo de decisión y concreción profesional y donde operan instituciones y agentes concretos.

## ¿Cuáles son los contenidos básicos de la transición de la escuela al trabajo?

Los contenidos básicos de la transición difieren bastante de lo habitual y repetido en muchas partes y lugares: difieren de la orientación escolar intensiva, externa e ilustrativa; difieren de la formulación y presentación del *curriculum vitae*; difieren del conocimiento sectorial del mercado; difieren de la derivación escolar hacia la formación ocupacional, etc. El contenido de la transición de la escuela al trabajo consiste en facilitar vías para el discernimiento profesional y la toma de decisiones dentro de un marco de ajuste a realidades y de optimización de recursos disponibles.

## ¿Cómo desarrollar metodologías apropiadas para la transición de la escuela al trabajo?

La orientación escolar y profesional de corte tradicional no sólo es poco atractiva sino que puede generar numerosos efectos perversos. Más que facilitar información ni determinar caminos que seguir (que son metodologías tan probadas como anticuadas), conviene promover la metodología del acompañamiento como forma de proximidad y apoyo a la toma de decisiones (Funes, 2001).

En resumen, contra el fenómeno de la desresponsabilidad, en este artículo se propone que las personas implicadas en la formación profesional inicial (institutos, centros de formación ocupacional y universidades) las asuman de forma conjunta con los otros agentes implicados. Algunas vías prometen tener un fuerte impacto no sólo en favorecer la transición de los jóvenes al trabajo, sino en establecer líneas de autoevaluación de la oferta formativa, como por ejemplo: la tutoría longitudinal separada de la tutoría de gestión de grupo y de curso; los instrumentos regulares de seguimiento expost de los alumnos y alumnas que terminan o abandonan estudios específicos; el establecimiento de nexos entre los institutos de Secundaria, la Garantía Social y las iniciativas locales de promoción del empleo; la red de empresas para aprendizaje en centros de trabajo; las estrategias de búsqueda de empleo; la inserción laboral directa mediante la intervención especial de mediador o insertor; las bolsas de empleo en los centros de formación; los talleres de ajustes de expectativas, etc.

En fin, contra fórmulas peregrinas, anticuadas y burocráticas de establecer itinerarios y diversificar titulaciones, se propone plantear el tema de la transición de la escuela al trabajo como un campo de maniobras y estrategias de innovación formativa. Sólo los institutos, los centros y las universidades que afronten este tema de forma abierta y explícita podrán sobrevivir a los dilemas y retos que la relación educación-trabajo deberá afrontar en los próximos años; sólo éstos podrán ofrecer una formación manifiesta de calidad.

### Para saber más

**Casal, Joaquim; Garcia, M.; Merino, R.; Quesada, M. (2002):**

*Enquesta als joves de Catalunya 2002; avanç de resultats*, col. Aportacions, n.º 19, Barcelona: Secretaria General de la Joventut de la Generalitat de Catalunya.

**Funes, J. (2001):** *El acompañamiento y los procesos de incorporación social; guía para su práctica*, Vitoria: Mimeo/Gobierno Vasco.

\* **Joaquim Casal** es profesor de Sociología e investigador en sociología de la educación y la juventud de la Universitat Autònoma de Barcelona (GRET-UAB).  
Correo-e: [joaquim.casal@uab.es](mailto:joaquim.casal@uab.es)